

Europa, y que Dios quiera librar de asechanzas extranjeras y de bárbara profanacion. Al recorrer los salones de estas grandes bibliotecas, archivo inmenso, inagotable, de la sabiduría de los pueblos y de los siglos; al recrearme en la contemplacion de manuscritos, preciosos documentos que la mal estudiada Edad Media dejó por providencial designio para que un dia arrojasen raudales de luz sobre períodos históricos, en que se habian amontonado las tinieblas, me acuerdo de que también tenemos en Madrid y en el Escorial y en Sevilla y en Toledo y en Córdoba, y en muchas otras partes, códices de gran valor, raros manuscritos, restos venerandos de un gran capital, vestigios de lo que fuimos cuando dábamos la norma á las universidades de Europa y dotábamos de maestros á la renombrada Escuela de Bolonia, y se imprimia la políglota de Cisneros y venian al Concilio de Trento, Mendoza y Lainez y Arias Montano; y hago votos tambien por aquellos libros y por aquellos manuscritos. ¿Qué pueden esperar en España las bellas artes y las reliquias todas de la clásica antigüedad, cuando en sus ciudades y en sus campiñas se predica guerra de exterminio á todo lo que es capaz de elevar el espíritu sobre el nivel de la materia?

Yo no sé lo que hubieran parecido á mi débil inteligencia y lo que hubieran inspirado á mi corazon los monumentos de Roma estudiados en condiciones de apacible y perfecta normalidad; me atrevo, sin embargo, á imaginar que no hubieran acaso despertado en mi alma la profunda variedad de sentimientos que hoy la dominan, ni hubieran excitado con tan poderosa actividad la fibra del patriotismo, principio vital de acciones generosas y de pensamientos elevados; yo no hubiera unido quizá, como ahora uno con íntima concordia, la admiracion y el santo orgullo que inspira esta gran ciudad, que es mi patria espiritual, y el punzante recuerdo de los males que aniquilan á aquella otra patria, hoy tan desgraciada, á la cual se refieren los más tiernos afectos del corazon; objetos grandiosos aquí evocan recuerdos afflictivos de allí; y de esta suerte, como que toma mayor realce la belleza á medida que se avivan y acrecientan las facultades que la perciben.

En la cumbre del Janículo, uno de los más admirables puntos de vista que ofrecen las colinas de Roma, se alza la iglesia de San Onofre; y en ella se conservan, como depósito precioso de la religion y de las letras, los restos mortales de Torquato Tasso; ante el fúnebre monumento no hay alma sensible que no eleve una plegaria por el inmortal cantor de *La Jerusalem*; yo he tenido la fortuna de cumplir ese deber, y recorriendo con la memoria las páginas del poema, donde se aspira el perfume de las flores de Oriente, y se admira el heroismo de aquellos guerreros insignes, caballeros sin mancilla, cuyo valor centuplicaba el sentimiento puro del deber, el entusiasmo religioso, he pensado en nuestro poema de los siete siglos, y he traído á la mente estos versos, que no parecen sino escritos para los dias que corren :

¡Oh pundonor antiguo castellano,  
Dónde te ocultas? Defender las damas,  
Blandir la lanza, acometer al moro,  
Y de la patria acrecentar la gloria,  
Tal fué la ocupacion de nuestros padres.  
No en vergonzosa ociosidad sumidos,  
*Guerra de alevos* al honor hacian.

Medio siglo hará pronto que Tapia, mi antecesor ilustre en la silla académica, increpaba así á los hombres de su generacion. ¿Qué palabras hubiera tenido su austera musa para los trastornadores de hoy?.....

## V.

El libro que me propongo escribir, que estoy ya escribiendo, no será una guía de Roma; hay muchas y buenas. No será un estudio de los monumentos antiguos y modernos que ennoblecen la ciudad entera, que está hecha por más de un autor y por más de tres la historia de la arquitectura y de las artes sus hermanas sobre los modelos en todo género que en Roma se conservan; está formado, como el lector verá, á tenor de todas las

escuelas y de todos los gustos, el análisis de los edificios y de las ruinas y de las estatuas y de los bajo-relieves y de los mosaicos y de los frescos y de los lienzos; en anales y en diccionarios se hallan recogidas las noticias biográficas de los artistas; en eruditos boletines de sábias academias se da frecuente razon de los descubrimientos que la actividad arqueológica consigue, y de las rectificaciones que la ciencia crítica sanciona. Un libro meramente descriptivo, ya de la Roma antigua, ya de la Roma moderna, ya de las dos, sin otro enlace que el del tiempo ó el espacio, podría dar á conocer la gran ciudad: y el autor de las presentes páginas aspira más bien á hacerla amar que á hacerla admirar de los españoles, para quienes exclusivamente las escribe. Libro destinado á dar cuenta de impresiones, ha de tener mucho de individual, de subjetivo, quizá de extravagante; libro destinado á la vez á consignar recuerdos, está en la obligacion imperiosa de acudir siempre á las más claras y más seguras fuentes históricas, y de proceder en todo razonamiento arqueológico y en toda apreciacion monumental conforme á las últimas declaraciones de la ciencia, que en no poco han alterado y rehecho multitud de noticias, ántes de ahora recibidas y acatadas como verdades inconcusas.

Roma es, sin duda, uno de los temas al rededor de los cuales más han girado la inteligencia y la fantasía de los hombres.

Sería por extremo curioso el catálogo de una *Biblioteca romana*. Todas las épocas, todos los pueblos, todas las lenguas contribuirían con un buen número de obras. Quien dijere que ha leído todo lo que acerca de Roma se ha escrito, comete por lo ménos una hipérbole, que apenas cabe, con ser tan vastos, en los dominios de la verosimilitud. Desde Dionisio de Halicarnaso, que, abandonando la Grecia en los días de Augusto, dedicó en Roma veinte y dos años de su vida al estudio de la ciudad y sus antigüedades, estudio feliz de que áun podemos participar en un libro diez y nueve veces secular y siempre nuevo, apenas ha pasado por Roma escritor alguno del Oriente ni del Occidente que no haya dejado su tributo en frases, ora de admiracion ante el lujo y magnificencia de la poderosa reina de las gentes, ora de desconsuelo ante las ruinas amon-

tonadas por los bárbaros, ya de santa conmocion en el fondo de las basílicas, á vista de los trofeos de los mártires, ya, en fin, de estético arrobamiento bajo el influjo de las obras más peregrinas del arte.

El género literario, que ahora llamamos *impresiones de viaje*, fué tan cultivado en los buenos tiempos de las letras latinas, que de Julio César se sabe que compuso un itinerario español, y de Trajano uno dálico, y de Ovidio uno milesio; y Horacio escribió su viaje á Brindis; en el siglo v un poeta de las Galias, Rutilio, dedica á Roma un poema rico tan sólo en sentimientos de amor á la ciudad y de respeto al Capitolio. Cuando Rutilio escribía sus versos habia pasado Alarico por la Roma de los Césares, y Genserico aprestaba sus bárbaros y dirigía la proa de sus naves africanas hácia la embocadura del Tiber. Rutilio no ve á los bárbaros que vienen ni á los ídolos que se van. Su poema es ya el postrimer gemido del imperio que se cae, y el eco, tambien postrimero, de la musa latina que se muere.

Casiodoro, escribiendo en nombre del emperador Teodorico, pinta ya la ciudad como una sombra de lo que fué, y compara sus magníficos edificios y sus murallas colosales y sus teatros vacíos á los vestidos, ya sin uso, que dan, sin embargo, idea del cuerpo de gigante que cubrieron.

Inspirado en más fecundas consideraciones que el recuerdo de las termas desiertas y de los circos abandonados, el dulce Sidonio Apolinar invita á un amigo suyo á venir á Roma, á este centro glorioso, le dice, «que es domicilio de las leyes, gimnasio de las letras, curia de los honores, punto culminante del mundo, la patria de la libertad, única ciudad de la tierra en que no hay más extranjeros que los bárbaros y los esclavos.»

Al triste desesperado acento de Rutilio, que maldice á Stilicon porque ha quemado los libros sibilinos, y que acude, como huyendo del vacío, al pobre sistema de las alegorías históricas y de las sutiles interpretaciones, responde la voz inspirada y melodiosa de nuestro inmortal Prudencio, que ve la Roma nueva surgir regenerada sobre las ruinas de la antigua:

*Jam super astra poli terrenum extendere regnum.*

Rutilio llora en los funerales de la idolatría, Prudencio canta el triunfo de la justicia y de la verdad. En el poeta de las Galias se extingue la musa pagana; en el poeta español brilla la musa cristiana con resplandores del cielo.

Prudencio y Sidonio Apolinar no son los únicos cantores de la Roma cristiana en los primeros siglos. Todo cuanto en esta época se refiere á los orígenes y propagacion del cristianismo, todo interesa á la historia de la ciudad de los mártires, de la ciudad donde San Pedro fijó su silla, y San Pablo escribió las epístolas, y San Lucas los Hechos de los Apóstoles, y los primeros cristianos dieron con su sangre insigne testimonio de la fe. Mucho enseñan, es verdad, acerca de Roma y de sus monumentos y de sus costumbres y de sus espectáculos, los versos de Horacio y de Ovidio y de Juvenal y de Propercio, los libros de Ciceron, las historias de Tito Livio, de Salustio y de Tácito, las comedias de Plauto y de Terencio, la erudicion artística de Plinio, y más tarde los catálogos *regionarios* atribuidos á Sexto Rufo y Publio Víctor; pero tambien es indudable que dan raudales de luz para el estudio de la ciudad de los Césares las actas de los mártires, á contar desde los apóstoles San Pedro y San Pablo hasta los dias del triunfo definitivo de la Iglesia, y los escritos de los apologistas de la religion naciente, como Tertuliano y Minucio Félix, y las obras de los grandes doctores del siglo iv, en especial San Jerónimo y San Agustin: el sabio anacoreta de Betlehem veia desde su retiro de Oriente cómo se desplomaba la ciudad que conquistó al mundo; y ante el espectáculo de tanta desolacion su labio enmudecia, porque «cuando el espíritu sufre de tal modo, causa dolor aún el murmurio leve de las propias palabras.» El santo Obispo de Hipona, condensando á su vez todas las luces de la sabiduría antigua, puso la *Ciudad de Dios* sobre el inmenso pedestal de ruinas amontonadas en el Occidente, erigiendo á la religion y á la filosofia, á las ciencias y á las letras un monumento, que resiste valeroso á los embates del error y á la accion devastadora de los siglos.

•Escribiendo el prólogo de los comentarios á Ezequiel, el profeta de las visiones terribles, el poeta de los campos de la

muerte, oyó San Jerónimo el estrépito feroz de los invasores de Roma. Comentando el mismo libro de Ezequiel el papa San Gregorio Magno (al espirar el siglo vi), aplica á Roma, en su homilía vi del libro II, la figura bíblica empleada contra Samaria, de la caldera vacía sobre los carbones ardiendo: «Así se quema y se consume Roma, exclamaba, triste ciudad vacía; ¿qué hemos de decir de los hombres cuando los monumentos caen y desaparecen bajo montones de escombros que cada dia se aumentan?» San Jerónimo y San Gregorio Magno, á la distancia de dos siglos, se dan cita para llorar por la ciudad de los Césares en el osario inmenso de la vision de Ezequiel.

Y los escombros se aumentaban en verdad. Despues de Alarico y de Genserico y de las guerras de Belisario, Roma sufrió los estragos de otras invasiones, como la de Roberto Guiscardo, de tumultos como los del tiempo de Teodora y de Marocia, de facciones enconadas é indomables como las de los Orsini y los Colonna. Convertida la ciudad en campo de batalla, transformados en castillos y torreones el Anfiteatro y el mausoleo de Adriano y el sepulcro de Cecilia Metella, cayó la ciudad en el deplorable estado que describen el *Curiosum* y la *Notitia* y los anónimos *Mirabilia urbis*, tristes, pero veraces inventarios que la Edad Media formó y los eruditos del siglo xviii han restaurado.

Trasladada á Avignon la silla apostólica por Clemente V (año 1305), Roma perdió temporalmente su corona y fuéronle aplicables aquellas melancólicas palabras de Jeremías: *Quomodo jacet sola civitas plena populo!* La un tiempo reina de las naciones y señora de las gentes quedó viuda y sin consuelo. El genio de la discordia batia siempre sus alas sobre las siete colinas; un loco se erige en tribuno, y un gran poeta ve en sueños la resurreccion de la república: el loco sacrilego, que osa poner su planta en el tabernáculo de San Juan de Letran, parece trágicamente en manos de la misma muchedumbre que lo aclamó; el poeta, volviendo de su sueño, tuvo anatemas para el tirano y lágrimas por la sangre vertida en aquel mismo Capitolio, donde su frente ha de ser coronada con el laurel de Virgilio.

Aquel poeta era Petrarca; su voz pidiendo la vuelta del Pon-

tificado á la ciudad, que guardan las tumbas de San Pedro y de San Pablo, es la voz de la cristiandad, es el eco de las plegarias que junto á las tumbas benditas eleva una generacion atribulada.

«Yo he visto, decia el cantor de Laura en una epístola al papa Benedicto XII, he visto á la puerta de tu palacio una matrona veneranda que creí reconocer, pero que no me atreví á nombrar. Leíase en sus ojos el dolor, y la tristeza en la humildad y descuido de su traje; pero brillaba en sus actitudes una majestad sublime: nobles y magníficos eran sus lineamentos, y en sus palabras se advertia el hábito de mandar; la grandeza del ánimo se transparentaba por el velo mismo de la melancolía. Preguntéle su nombre, y lo murmuró muy por lo bajo; yo lo cogí al vuelo entre sollozos: ¡era Roma!»

¿Qué arqueólogo del mundo pudiera hacer con sus órdenes de arquitectura y sus reglas del arte una descripcion parecida de la Roma huérfana y abatida del siglo XIV?

Al terminar aquella centuria, cambiada felizmente la faz de Europa y del mundo, restablecida en Roma la silla de San Pedro, extinguido el gran cisma de Occidente, opérase visible reaccion en favor de los monumentos de la antigüedad: la luz de Oriente alumbrá las alturas y los valles; la sabiduría de los claustros arraiga y da opímos frutos en universidades y colegios: muy pronto Nicolas V prestará su vigoroso aliento á las ciencias y á las artes; y los discípulos de Brunelleschi y de Donatelli y los de Giotto y Cimabue llenarán la Italia con las maravillas de su genio y prepararán los caminos á Bramante y á Miguel Ángel y á Rafael. La bibliografía romana se enriquece de súbito con multitud de libros que fatigan en su infancia el venturoso invento de Guttenberg. Mazzochi, hábil colector de anteriores estudios (1), y Andres Fulvio (2) y Marliano (Bar-

(1) GIACCOMO MAZZOCHI: *De Roma prisca et nova, varii auctores*, Roma, 1514 y 1524.

(2) *Antiquaria urbis Romæ*, 1513.

tolomeo) (1), y Lucio Fauno (2) y Piero Lygorio (3), y el insigne arquitecto Palladio (4) escribieron de propósito en la primera mitad del siglo XVI acerca de las antigüedades de Roma. Siguiéronles en el mismo siglo Gamucci (5) y los arquitectos, tambien famosos, Labacio (6) y Serlio (7), y el grabador Buffalini, que empleó veinte años de trabajo en su gran *Planta de Roma*, y los eruditos Onofre Panvinio (8), Fabricio (9), Fulvio Ursini (10) y Flamimo Vacea, si bien las memorias arqueológicas de este esclarecido escultor y anticuario no vieron la luz pública hasta principios del siglo pasado: cierran el décimosexto Boisardo y Justo Lypsio, el primero con la nueva *Topografía de la ciudad de Roma* y el segundo con su libro *Admiranda sive de magnitudine romana*, un *mirabilia* de la Edad Media, purgado ya de errores y enriquecido con los descubrimientos de que fué tan abundante la centuria gloriosa de Julio II y Leon X, Paulo III y Sixto V. No decayó en la siguiente el ardor por el estudio de la Roma antigua: ántes bien los dos Panciroli (11), Donato en su *Roma vetus ac recens*, Mar-

(1) *Topographia urbis Romæ*. Roma, 1544.

(2) FAUNO LUCIO: *Delle antichità della città di Roma*. Venezia, 1548.

(3) *Libro delle antichità di Roma, nel quale si tratta dei circhi, dei teatri ed anfiteatri*. Venezia, 1553.

(4) PALLADIO ANDREA: *Le antichità di Roma raccolte brevemente dagli autori antichi e moderni*. Venezia, 1554.

(5) GAMUCCI (Bernardo): *Libri quattro delle antichità della città di Roma*. Venezia, 1565.

(6) *Libro appartenente all'architettura*. Roma, 1558.

(7) SERLIO (Sebastiano): *Libro terzo della antichità*. Venezia, 1529.

(8) PANVINIO: *Antiq. urbis imago*. Venezia, 1558.

(9) FABRIZIO: *Romanarum Antiq. libri duo*. Basilea, 1587.

(10) URSINI: *Familia romanae quæ reperiuntur in antiquis numismatibus*. Roma, 1577.

(11) PANCIROLI (Guido): *Notitia utraque dignitatum.— De quatuordecim regionibus urbis Romæ, etc.* Venezia, 1602.

PANCIROLI (Ottavio): *Tesori nascosti dell'alma città di Roma*. Roma, 1600 y 1625.

*tinelli* en su *Roma ex ethnica sacra* y en su *Roma ricercata nel suo sito*, Pompilio Totti en sus dos obras *Retrato de Roma antigua* y *De la grandeza de Roma*, y muchos otros de ménos importancia, formaron y repitieron el minucioso inventario de las ruinas y de los monumentos de la ciudad eterna, que poco á poco fueron mejorando y revistiendo de nuevas y luminosas observaciones Bellori, el traductor de la planta marmórea de Roma, que hoy vemos en la escalera del museo Capitolino, y *Nardini*, el primero que con su *Roma antica* ofrece una verdadera y metódica guía de la que fué metrópoli del mundo. Al mismo siglo xvii corresponde la gran publicacion francesa hecha por Desgodetz, *Los edificios antiguos de Roma, dibujados y medidos con exactitud*, en la cual toman cuerpo y forma por el grabado las eruditas descripciones de los monumentos famosos, que llenaron la ciudad de las siete colinas, como si el arte moderno se complaciese en acudir con filial ternura á la restauracion y brillo del antiguo.

El *Diarium Italicum* de Montfaucon y el *Museum italicum*, *Iter italicum* y *Vetera analecta*, de Mabillon, ofrecieron en el siglo pasado al estudio de los eruditos y á provecho de la historia curiosas colecciones de memorias y noticias, especie de centones arqueológicos, difusos y mal ordenados, pero ricos de datos, sobre todo para apreciar el estado y alcance de los estudios artísticos durante la Edad Media y en los dias del Renacimiento. Marangoni, en sus memorias sacras y profanas del anfiteatro Flavio, y en su interesante tratado de las cosas gentílicas traídas al culto de las iglesias cristianas; Venuti, con su descripción topográfica (*accurata* y *sucinta*) de las antigüedades de Roma, Piranesi con su grande obra consagrada á los monumentos, Winkelmann, el sabio historiador de las artes del dibujo, y el infatigable Carlos Fea, que empleó su vida en estudiar y escribir sobre arqueología romana, forman con otros autores de ménos nota, pero muchos en número, el cuadro bibliográfico del siglo xviii. Al actual corresponden y dan justa gloria Guattani, Vassi, los Visconti, Estéban Piale, Pistolessi, Canina y sobre todos Nibby, que á pesar de la prolijidad y á veces falta de rigurosa coherencia en sus razona-

mientos, es, en mi opinion, el maestro de la arqueología romana; confieso que sus obras son mi principal libro de texto, y la guía que prefiero para mi viaje entre las ruinas y los monumentos de la ciudad de Rómulo y de la ciudad de San Pedro.

Los autores citados, y ciento más que pudieran nombrarse, no sólo de Italia, sino de otras naciones, han tratado de Roma y sus antigüedades en conjunto, comprendiendo en cuerpo de doctrinas y á tenor de sus estudios respectivos, las regiones y las colinas; y los edificios que fueron; y los restos que se conservan; y las nuevas fábricas que sobre escombros de las antiguas ha levantado la mano de los hombres. El catálogo de las monografías ó escritos especiales sobre puntos ó monumentos determinados sería interminable. Cada foro, cada columna, cada sepulcro, cada basílica, los acueductos, los circos, los teatros, los templos, los obeliscos, las termas, hasta los muros y las puertas tienen su historiador ó sus historiadores. Las inscripciones en que Roma abunda más que otro pueblo alguno, y que son puntos luminosos en el camino de la historia y en las regiones de la crítica, han sido cuidadosamente recogidas y publicadas. Á Mazzochi se debe el primer ensayo de este género en su obra *Epigrammata antiquæ urbis Romæ*, impresa en Roma en 1521. Grutter, á principios del siglo xvi, sacó á luz su coleccion famosa de inscripciones antiguas de todo el imperio romano. Fabretti dió á la estampa en Roma (1702) otra coleccion abundante que se intitula: *Inscriptionum antiquarum que in ædibus paternis asservantur explicatio*. Orelli, Galletti y otros eruditos fuera de Italia, consagraron su diligencia y sus vigiliass á este ramo interesante de la ciencia arqueológica, al cual han prestado á su vez inmenso servicio Muratori, Morelli y los distinguidos profesores, que en la actualidad recogen y publican en Roma, bajo un nuevo método, el tesoro de inscripciones que llena los antiguos y los modernos mármoles de la ciudad.

La Roma pagana, monumental, está, pues, estudiada en todas sus épocas y en todas sus vicisitudes. Sabios institutos consagran cada dia sus tareas á nuevas ó interesantes disquisiciones. Los arquitectos, los anticuarios, los hombres de ciencia,

de cuyo nombre y de cuyas obras principales queda hecho mérito, han realizado con una precision, que asombra, la anatomía del gran cadáver; han conseguido penetrar en las ruinas de las ruinas, y leyendo en los rotos pilares de peperino ó trabertino, y en los negruzcos fragmentos de columnas y capiteles, nombres y fechas, cónsules y consulados, ediles y emperadores, han rehecho, artífices de la fantasía, la ciudad de Augusto, y se han complacido luego en derribarla para formar la de los Scipiones y los Gracos; y aún ésta desaparece tambien á su vez cual la decoracion de un escenario, para dar lugar á la Roma de Numa ó para condensarse en la *Roma cuadrada* del Palatino. Estos arqueólogos ostentan en sus libros, con escasas excepciones, la sequedad de doctrina propia de peritos que sólo se creen llamados á dar su opinion sobre la forma y el estilo y el uso y la antigüedad y el verdadero sitio de cada monumento. Por eso casi todos sus libros se parecen en el método y en el razonamiento y hasta en la aspereza con que defienden palmo á palmo el solar de la curia Hostilia ó el área de la basílica de Paulo Emilio, mientras en el uno y en la otra toman el sol con filosófico abandono los nietos de tan ilustres personajes.

Los escritores de la Roma cristiana vieron y ven delante de sí más ancho campo donde dar empleo á su sabiduría y fácil curso á su elocuencia. Es gran tema, sin duda; el estudio comparativo y profundo de la ciudad que con el hierro sometió todos los pueblos á la unidad de la fuerza, y la que los ha traído con la palabra á la unidad de la fe; de la ciudad que fué cabeza del mundo material por obra de conquistadores, que se llamaron Scipion, César, Augusto, y de la ciudad que es centro del mundo espiritual por obra de mártires, que se llaman Pedro y Pablo. Aquéllos, grandes en la bárbara ciencia de matar, fundaron una Roma soberbia y opresora, símbolo al cabo de todas las degradaciones; estos otros, grandes en la ciencia de morir, fundaron una Roma creyente y civilizadora, símbolo, desde el principio, de todos los progresos en la inteligencia, en el arte y en la sociedad.

Desde los primeros tiempos del cristianismo, los cantores de los mártires, los biógrafos de los papas, los historiadores de

la Iglesia han tenido para Roma y para sus monumentos cristianos, erigidos sobre las ruinas de los templos de la gentilidad, páginas llenas de erudicion aún bajo el punto de vista arqueológico. Los anales de Baronio encierran un tesoro de enseñanza para la historia de Roma y de sus monumentos religiosos. Apenas habrá basílica ni título cardenalicio, ni santuario célebre, ni convento, ni fundacion benéfica que no posea su ejecutoria impresa, su monografía, un *in folio* acaso, donde á veces suelen hallarse datos preciosísimos para el conocimiento general de la ciudad y sus antigüedades. Solamente la basílica de San Pedro ha dado materia á una multitud de libros; la Sacristía, la *Confesion*, las *Grutas*, la Silla apostólica, las esculturas, los mosaicos, han sido á su vez objeto de publicaciones especiales. La bibliografía arqueológico-religiosa compite positivamente con la profana.

Aparte ya los escritores técnicos, facultativos, que han tomado á su cargo describir la Roma de los emperadores ó la Roma de los Pontífices; á tenor, como hemos dicho, de sus respectivos estudios y propósitos, fuerza es fijar la consideracion en otros viajeros y otros autores, que sin patente de anticuarios ni título de arquitectos, impulsados por el viento apacible de las esperanzas, ó por la corriente brusca de los desencantos, han venido á las orillas del Tíber y han aplicado su talento y su imaginacion al exámen subjetivo, libre y despreocupado de Roma, y del mundo moral que desde Roma se descubre.

La fe cristiana, el entusiasmo artístico y la profunda contemplacion filosófica en la cumbre del Palatino ó en los ámbitos del Foro han producido libros admirables, apologías elocuentes, himnos, poemas, raudales de ciencia y de poesía, cuyo manantial no estaba al alcance de Dionisio de Halicarnaso ni de los sabios del paganismo.

Petrarca no estudiaba las ruinas de Roma con las reglas de Vitrubio, ni hacia acaso diferencia entre el mármol pário y el numídico, ni hubiera tal vez sabido responder de la exacta topografía de los templos de los dioses ni aún de las termas de los emperadores; pero en cambio, dando mayor alcance y sen-